

---

## EL DR. BENIGNO MALO

(Continuación)

### II

La posteridad tiene derecho á exigir los motivos de la celebridad; ya que ésta no surge al capricho de la fortuna ni la historia es una mentira convencional que heredan, unas de otras, las generaciones, para perpetuar ficticias grandezas y levantar sobre el pedestal á las medianías.

El DR. BENIGNO MALO era digno del cariño de su pueblo, y su nombre no tuvo ni mantiene prestigio, por la mediocridad del país donde nació ó por el interesado afecto de sus amigos.

Verdad que aparece como hecho nada común, en las costumbres públicas, la improvisación de pequeños grandes hombres, cuya superioridad se invoca y se propaga inconscientemente, sosteniéndose una tradición equivocada, únicamente por no examinar á los hombres y las cosas, á la luz del criterio definitivo de la historia.

Pero al DR. MALO, aunque nacido en país ingrato y bravío, no se pueden aplicar tales consideraciones; pues sus talentos y virtudes lograron imponerse sobre el medio social, sobresalieron entre los contemporáneos y dejaron generosa semilla en el surco, no

sólo para memoria, sino para ejemplo de los que ahora vivimos dentro de este mismo pueblo, al que el DR. MALO señaló los derroteros, de que se va apartando por desgracia, en los últimos tormentosos tiempos.

El DR. MALO nació en Cuenca en 1807, en vísperas de la primera generosa tentativa de la emancipación americana. Vino á la luz, cuando germinaba la simiente de la libertad, uno de los americanos que mejor supo comprenderla y practicarla.

Los padres del DR. MALO fueron don Miguel Gil Malo y doña Teresa Valdivieso: aquél oriundo de la antigua Nueva Granada, ésta de la noble ciudad de Loja. Los Malos adhieren á una distinguida cepa del Virreinato de Santa Fe; y los Valdiviesos, en Loja, Cuenca, Quito y Santiago de Chile, cuentan nombres ilustres, tales como correspondían á un viejo y linajudo solar español. Bastaría citar al Arzobispo de Santiago, don Rafael Valentín Valdivieso y á don José Félix Valdivieso, prócer de nuestra política.

Perteneció, pues, el DR. MALO á esas pocas familias honradas é hidalgas que, en las colonias españolas de América, fueron al principio los peninsulares, después los españoles criollos, y al fin los autores ó cómplices de la emancipación.

De ahí el que la libertad tuviese en él, como en todos sus semejantes de las otras repúblicas hispano-americanas, cierto prestigio de autoridad, y la democracia revistiese á sus ojos un carácter de nobleza y decencia, anexas al magisterio, á la espada, al cetro, á la balanza: símbolos de superioridad.

La biografía del DR. MALO, en la primera etapa de su vida, fué bien corta: manantial que como cualquier otro brota en el repecho del monte, baja á la pradera, y va al torrente y al río. Se educó en su ciudad natal, en la noche tenebrosa de la colonia, que, sobre todo entre nosotros, así fué; hizo sus primeros estudios en el Seminario de Cuenca, y terminados aquellos, fué al Colegio de San Luis de Quito para los cursos de Filosofía y Derecho. Fué uno de los héroes del estudio en aquellos benditos tiem-

pos, en que era menester salir de casa, caballero en una mula; atravesar páramos inmensos, riscos y tremedales, para llegar á la ciudad escolar; y después, ausente del calorcillo de la familia, reducir la vida á la soledad del estudio y á la intensa labor de la proscripción estudiantil, para seguir las asignaturas, aventurar los exámenes y coronar la campaña.

El estudiante es el hombre definitivo: buen estudiante, al cabo excelente varón y honrado ciudadano. El DR. MALO supo distinguirse como escolar; y en nobilísima emulación, logró sobrepujar á sus compañeros, aventajando á casi todos, por la honestidad de sus costumbres y cierta precoz seriedad, muy de su temperamento.

Las lides de la escuela no menguaban en él, el afecto á sus compañeros de estudio, á quienes amaba como á hermanos. Recordaba siempre y quería como á suyos á los Dres. Francisco X. Aguirre y José Antonio Campos. Estos, á su vez, guardaron veneración constante por el compañero y casi maestro de su juventud. A la muerte del DR. MALO, bien pudo D. Francisco X. Aguirre escribir: "Va ya para cincuenta años á que, por la vez primera, nos unimos en el Colegio, y nunca desde entonces nos han faltado la solicitud y buenos oficios de su sincera y desinteresada amistad; ni en asuntos domésticos ni en las odiosas contiendas de la política."

Concluídos los estudios de la teoría, solicitó ser admitido en la Academia de Derecho práctico, en la que se distinguió ya como orador, mereciendo alabanza especialísima del Director de aquel cuerpo, Dr. don Nicolás de Arteta.

En 1829, concluyó con sumo brillo su carrera profesional y se inscribió entre los pocos y entonces generalmente notables abogados de la República.

Con los lauros obtenidos en largos años de ausencia y de asiduo trabajo, regresó á la ciudad natal y á la casa, en donde flaqueaba por enfermedad su venerado padre y donde acababa de dejar vacío el puesto de distinción su hermano D. Miguel Malo y Valdívieso, de esclarecido talento y altas dotes de voluntad.

Fué entonces, en el más feliz período de su vida, cuando el DR. BENIGNO MALO tuvo de compartir los deberes de la paternidad para con sus hermanos y la de compañero para con sus distinguidos padres. Debía conservar los haberes de la casa; algo más, salvarla de compromisos graves y educar á los menores de ella. Todo ello lo desempeñó el novel letrado con entereza y constancia; prendas que le eran naturales. Dejó la enseñanza, á que fué destinado desde su regreso de Quito; abandonó en seguida la cátedra de Filosofía en el Colegio de Cuenca, y entró de lleno en la seria y fatigosa existencia del jefe de familia, en representación de su padre y por amor á su madre y á sus hermanos.

Entonces, en esa época en que la industria moderna no asomaba ni en pañales, principalmente en el interior ecuatoriano, el talentoso abogado, que desde niño tuvo avidez por el progreso y que lo había soñado con todos los adelantos para su patria; fué uno de los primeros, allá en 1835, que sustituyó el motor hidráulico al buey y á la mula de los colonos españoles, en el ingenio de azúcar "San Lucas", en las fragosas montañas de Cañar.

Así el DR. MALO, antes que político y literato, fué hombre de esfuerzo, de programa de vida, incansable en las empresas, sacrificado á sus hermanos; ejemplar nobilísimo de los varones de que han menester los países americanos para utilizar sus vastos desiertos.

Y en la labor cotidiana,—inteligencia y brazo á un tiempo,—inspirado por la hermosa ilusión del progreso europeo, que lo conocía al través sólo del libro, trabajó, no uncido al carro de la rutina, sino ensayando métodos nuevos, aquí donde la novedad es hoy mismo un fracaso.

Y no padeció decepciones; pues, hombre que veía para más allá de un siglo, preparaba la lejana civilización de su pueblo.

Las *quinás*, reservadas antes á la *Real Botica de Su Majestad*, eran en los tiempos del DR. MALO apenas un atisbo de industria. Él formó las primeras empresas; él enseñó el camino de la riqueza á mu-

chos; y su inteligencia, creadora de esa fuente de bienestar para el Azuay y Loja, bien pudo regocijarse, al perger su sitio en la tierra, de haber formado algunas fortunas, dentro y fuera del país de su nacimiento.

La manufactura del sombrero de toquilla era una industria incipiente, reservada casi únicamente á Manabí. El DR. MALO, con los Srs. Bartolomé Serrano y Miguel Heredia, logró aclimatarla en las comarcas del Azuay. Estas pueden hoy bendecir al genio de la utilidad, encarnado en uno de los hombres más levantados sobre el común de las gentes, en esta tierra, donde la agricultura es casi nula y sólo pueden tener porvenir las fábricas.

Convencido de esta verdad, el DR. MALO pensó en aclimatar aquí la de tejidos, próspera en Quito. La creyó tan fácil en Cuenca, que no temió comprometer casi todos sus haberes en la instalación de una inmensa maquinaria de cien telares. Un país como el Azuay, pensaba el DR. MALO, no tiene otra perspectiva de adelanto que las manufacturas: aquí los motores se dan gratuitamente por la naturaleza, la población es nutrida, benigno el clima y pequeña la distancia al mar.

La colonización de la Región oriental de Cuenca, casi olvidada después de Tormaleo y el P. Prieto, tuvo en el DR. MALO un despertador entusiasta. Las ricas montañas de Gualaquiza fueron por él escogidas para las plantaciones de algodón que debían dar la materia prima á su maquinaria de tejidos. Y Gualaquiza, con capitales anticipados por él, se convirtió presto en una floreciente colonia agrícola. Muchos de los colonos establecidos entonces quedaron, para perpetuar el cultivo de esa comarca, una de las más hermosas y prósperas del Oriente ecuatoriano.

Por desgracia, hasta hoy, no son realidad las esperanzas y promesas del distinguido publicista. Su gran fábrica vino al suelo; y el progreso industrial de su querida ciudad no sale de los primeros pasos. El camino á la Costa (que no significa sino unas diez y ocho leguas de vía) es hoy una senda para mulas *andinistas*, mulas heroicas, tanto como los ca-

ballos de la conquista. Tantos gobiernos que hemos tenido ó padecido han conservado así á la ciudad interior ecuatoriana más próxima al mar. O quizás, seremos nosotros indignos del antecedente de energía y sabia visión de lo porvenir encarnadas en el DR. BENIGNO MALO....

La vida privada de este excelente varón fué bien corta y sencilla, vida sin la nota alegre ni la nota trágica. Dióle Dios una existencia normal y corriente, propia de su índole tranquila y severa. Se casó tarde; porque sacrificó la flor de la pasión á los deberes filiales; y en su hogar fué algo más que el padre: el patriarca de su casa, el maestro de sus descendientes, el incomparable guía de su esposa.

En su lecho de muerte, estimó el mayor de sus dolores dejar tiernos á sus hijos, á los que había pensado encaminarlos por senderos nuevos y adiestrarlos en las enseñanzas de la utilidad. Soñaba para ellos la educación á la inglesa, con el oficio manual por base y la ciencia por coronamiento.

Había unido sus destinos á la Sra. Ana Tamariz, hija del Coronel D. Francisco Eugenio, hombre ilustradísimo, antiguo jefe militar español, y después republicano al servicio del Libertador, especialista en el ramo de hacienda, jefe de ese departamento en el gobierno de Rocafuerte, y honrosamente separado de aquel gobierno, por influjo de los agiotistas y logreros de entonces. Su íntima relación y parentesco con el Coronel Tamariz fueron parte á conservar y acrecentar en el DR. MALO el culto por las letras, el gusto por los estudios históricos y la filosofía económica, que eran materia de conversación en el escritorio y en la tertulia del distinguido republicano español, que tan buen nombre ha dejado en las altas esferas sociales.

La nota dominante en el carácter del DR. MALO fué la pasión por el progreso; quiso ser y parecer hombre de acción, hombre práctico, obrero incansable y tenaz de la propia ventura y de la de los demás.

Aun como escritor, fué escritor de cátedra, y su literatura docente. Periodista, iba con preferencia á la cuestión económica, y como publicista, escribió siem-

pre por la descentralización, como fórmula única del bienestar general y de la quietud del Estado. En materia de enseñanza prefería las artes útiles, reservando las bellas para unos pocos elegidos. Y todas estas ideas, entonces prematuras talvez, las exponía en hermosa frase y en rotunda elocuencia. ¡Curioso ejemplar de predicador incansable de la práctica y prosa de la vida, y al mismo tiempo tan elevado en el concepto y tan gallardo con poética gallardía en el arte de sentir y decir lo pensado y lo sentido!

Además de las cualidades anteriores realzaban la figura del benemérito DR. MALO la cortesanía de su trato y la humildad verdaderamente cristiana en que escondía su legítima superioridad. La modestia es siempre señal de elevación de espíritu. La soberbia denota venganza de ánimos mezquinos contra los decretos de lo Alto: se suple con arrogancias el vacío del alma.

Era tan benévolo el distinguido tribuno y publicista, que encontraba cualidades en todos, y no había, á sus ojos, mortal que no tuviere alguna excelencia: de ahí el que tratase á todos con respeto; y en el mando fuese un servidor decidido de sus súbditos y dependientes. Sabía que aun para el Omnipotente se había escrito: *Cum magna reverentia disponis nos.*

Ocultaba su virtud muy adentro, y nadie que le viese en la calle ó en la oficina, podía sospechar que era aquél el orador que se transformaba en la tribuna, el escritor galano que manejaba el arma nobilísima de la pluma, el estadista que conocía á fondo los problemas económicos y sociales.

Alcanzamos á conocerlo en la diaria labor, entre el estruendo de las máquinas, inclinado sobre la mesa de trabajo. Merecía haber nacido en Manchester, en donde los domingos hubiese salido á improvisar los discursos políticos y en ocasiones á lidiar en la contienda electoral, para volver el lunes á la fábrica y cambiar las oraciones en cálculos y cifras.

El DR. MALO era alto de cuerpo, como para orador al aire libre, de gallarda figura, un tanto inclinada la cabeza hacia delante, como que, en la ca-

beza, había granado el fruto de la inteligencia. Los ojos negros sobre el fondo pálido y un tanto moreno de la cara, miraban con la insistencia de la penetración; y en la cátedra, en la tribuna, en la conversación misma, traducían todos los matices del pensamiento. La boca amplia y sonora, pronta á la emisión de la voz y á la modulación del ritmo; la frente ancha, con las protuberancias del ingenio. Cuidó afeitarse siempre, á modo de un prócer inglés ó un hidalgo español; y de uno y otro tenía en la seriedad, en las maneras, en la galantería y en la exquisita corrección.

Tal era el hombre privado: virtuoso sin gatzmoñería, benévolo sin mengua, blando de corazón, y como tal, incapaz de heroísmos y osadías; resignado á las contrariedades de la vida é inquebrantable en su fe. Entonces no era moda renegar de la creencia, ni las ciencias habían descubierto la universal mentira, incluso la suya propia....

Hombre tan especialmente preparado en el hogar, debía en la vida pública ser lo que fué: modelo de tolerancia y maestro de moderación, de probada sanidad de principios y director reconocido de las costumbres públicas. Su programa no fué entendido, y la posteridad aún no hace justicia completa á sus ideas: estamos todavía lejos de sus ideales.

(Se continuará)

REM.GIO CRESPO TCRAL.

---